

26

Una vida, UNA NOVELA

AUDREY HEPBURN

DESCUBIERTA
POR LA ESCRITORA
COLETTE.

CONSIGUE UN GRAN
EXITO MUNDIAL CON
"VACACIONES EN ROMA"

MEL FERRER (DIVORCIADO
TRES VECES) CONQUISTA A
LA JOVEN ESTRELLA.



2

PTAS.

¡De próxima aparición!

VITTORIO GASSMAN.—Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.



¡Está a la venta!

KIRK DOUGLAS.—Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable



UNA VIDA, UNA NOVELA

AUDREY HEPBURN

- Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial.
- Chica de conjunto en un teatro de revistas.
- La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de una de sus obras.



Volumen n.º 26
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
Núm. 2. — JOHN WAYNE
Núm. 3. — HEDY LAMARR
Núm. 4. — ERROL FLYNN
Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
Núm. 6. — MARILYN MONROE
Núm. 7. — GARY COOPER
Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
Núm. 9. — ROCK HUDSON
Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
Núm. 11. — CLARK GABLE
Núm. 12. — LESLIE CARON
Núm. 13. — GREGORY PECK
Núm. 14. — GRACE KELLY
Núm. 15. — FRANK SINATRA
Núm. 16. — SILVANA MANGANO
Núm. 17. — VAN JOHNSON
Núm. 18. — AVA GARDNER
Núm. 19. — ALAN LADD
Núm. 20. — SUSAN HAYWARD
Núm. 21. — ROBERT TAYLOR
Núm. 22. — RITA HAYWORTH
Núm. 23. — TYRONE POWER
Núm. 24. — JUDY GARLAND
Núm. 25. — KIRK DUOGLAS
Núm. 26. — AUDREY HEPBURN
Núm. 27. — VITTORIO GASSMAN
Núm. 28. — JOAN CRAWFORD

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial
enviando el importe en sellos de Correos.

Derechos reservados. Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

EDDA Hepburn van Hemstra, la deliciosa Audrey Hepburn que tanto admira el mundo, es hija de madre holandesa y padre inglés. Nació en Bruselas el día 4 de mayo de 1929. Su primera infancia transcurrió en el plácido ambiente de una familia acaudalada y de prestigiosa alcurnia. Su madre, la Baronesa van Hemstra, estaba emparentada con familias de la alta aristocracia holandesa y Audrey adquirió, ya de pequeña, los encantadores modales que, al decir de cuantos la han tratado, constituyen hoy uno de sus más grandes atractivos. Ya de niña, Audrey Hepburn, que tiene poca semejanza física con su madre, demostró haber heredado de ella su fuerza de voluntad, su espíritu luchador y una tenacidad que le proporcionaría el triunfo de sus más caros ideales.

* * *

La segunda guerra mundial sorprendió a la pequeña Audrey en la localidad de Arnhem, Holanda. Contaba entonces escasamente doce años de edad y hallábase, con su madre y su hermano mayor, visitando algunos familiares residentes en aquella población cuando se declaró la guerra.

Edda, que se encontraba por casualidad jugando con sus primitas junto al receptor de radio, fue la primera en escuchar la noticia. Rápidamente corrió al lado de su madre...

—Mamá... La radio ha dicho que se ha decla-

rado la guerra, y que se teme una invasión del país por los alemanes... No sé qué dijeron también de las esclusas del mar.

—Esta vez la cosa es grave, hija mía...

—¿Vamos a regresar en seguida a nuestra casa, mamá?

—No sé... Lo consultaré a tus tíos... quizás será mejor que esperemos los acontecimientos junto a ellos.

—Mamá... Dime... ¿Crees que la guerra va a matarnos a todos?

—¿Quién te dijo tal cosa, hija mía...? No pienses en ello... Dios velará por nosotras...

Muy pronto fue invadido el país por los alemanes y no tuvieron más remedio que quedarse allí durante la conflagración. Quedaron grabadas para siempre en la memoria de la pequeña Audrey las visiones apocalípticas del frente de guerra. Filas interminables de hombres armados desfilaban por las pacíficas calles de la pequeña ciudad holandesa, precedidos por divisiones de tanques, camiones, columnas motorizadas, ambulancias, tractores arrastrando los enormes cañones antiaéreos y antitanques... camiones blindados, tanques...

De cuando en cuando, pasaban veloces unos ligeros coches de dos asientos en los que iban oficiales del Estado Mayor. Eso significaba que se aproximaba una ofensiva o que se requerían hombres y material en algún punto estratégico amenazado por el enemigo. Significaba, también, que caerían bombas enemigas sobre las rientes campiñas y las blancas carreteras holandesas... Pasada la batalla, reanudábanse de nuevo las interminables procesiones de vehículos de todas clases cruzando el país

de un extremo a otro, perdiéndose en la desolación infinita de las carreteras polvorrientas.

En las poblaciones quedaban vestigios cruentos de la actividad en el frente. Casas desconchadas, grietas horribles que amenazaban desmoronarse del todo, cascotes, vigas retorcidas, ruina y desolación por todas partes...

Y un mal día, en la casa de la pequeña Edda, se recibió una orden del mando invasor.

—¿Qué sucede, mamá? —preguntó intrigada Edda, al ver entristecerse a su madre.

—Es la orden de movilización de tu hermano, Edda.

—Pero él es muy joven para ser soldado...

—Lo movilizan para trabajos agrícolas. Esperamos que nada malo le suceda...

—Pero lo apartan de nuestro lado, mamá, lo apartan quién sabe hasta cuándo...

Y unas lágrimas resbalaron por las bellas mejillas de la pequeña Edda. La baronesa aguantó las suyas, y la abrazó muy fuerte.

Después del reclutamiento del hermano de Audrey, en la castigada ciudad quedaron tan sólo madre e hija. La familia de la Baronesa van Hemstra había quedado totalmente arruinada, y no pudo socorrer a las dos mujeres que, solas y sin recursos, hubieron de hacer frente a la situación viviendo casi de milagro. Fue entonces cuando la madre de Audrey demostró toda la fuerza y la entereza de su carácter. Con su ingenio y su sentido práctico de la vida, pudo afrontar la terrible tragedia que para ella significaba encontrarse separada de los suyos, con una niña a quien cuidar y alimentar, y sin posibilidad de recibir auxilio del exterior.

Audrey recuerda sus tiempos de guerra con una sonrisa dolorosa y comenta:

—Desde aquella época, no creo en los peligros de una dieta excesiva. Había días en que apenas teníamos nada para comer. Una comida completa era entonces una utopía. Nuestra ración diaria consistía en una sopa, una rebanada de pan, patatas y una manzana.

La pequeña llegó a pasar hambre, como tantos niños holandeses. Y hubo de hacer frente a los peligros de un crecimiento rápido como el suyo sin poder alimentarse con leche, manteca, frutas ni verduras. Al final de las hostilidades había enfaquecido tanto y estaba tan desnutrida, que los médicos le impusieron un severo régimen de sobrealimentación para superar aquella crisis de desnutrición y salvarle la vida.

Entretanto, en la retaguardia holandesa se multiplicaban las actividades de la quinta columna.

Cierta tarde, Edda, que jugaba en el jardín, vio acercarse a su madre, casi llorando... Esta no le dijo una palabra, pero se la llevó con ella hasta el interior de la mansión... y allí, estalló en llanto. Edda supo entonces que un primo de su madre, miembro de la corte, había sido acusado de actividades subversivas y condenado a muerte, así como un tío de Edda, a quien ella quería entrañablemente, acababa de sucumbir acusado de quinta-columnista.

Esas trágicas experiencias hicieron en Audrey una profunda impresión. En esos años en que otros

nifios felices no piensan más que en jugar y divertirse, la pequeña refugiada había pasado por las experiencias más amargas de su vida, adquiriendo una prematura madurez. Los riesgos de la vida diaria, unidos a las desgracias que se cebaban en sus familiares y amigos, contribuyeron a formar esa fuerza de voluntad de su carácter que sabe imponerse y triunfar. ¡Cuánto recordaba, en aquellos días trágicos de la guerra, sus alegres jornadas escolares en Bruselas! Ahora todo era desolación en torno suyo; desolación y lágrimas. Redadas de prisioneros, campos de concentración... fusilamientos... requisas, encarcelamientos, registros domiciliarios... Toda la secuela de horribles consecuencias que traen consigo las guerras, estaba impreso en su mente. Audrey demostró ya entonces su temple valeroso y activo, entregándose a la causa patriótica de la Quinta Columna. En sus idas y venidas de la escuela, distribuía secretamente propaganda impresa, y con grave riesgo de su vida llevaba así mismo alimentos a los pilotos aliados que permanecían ocultos en tanto que se buscaba la manera de repatriarlos.

Como es natural, nadie reparaba ni sospechaba de la pequeña colegiala que, muchas veces, llevaba oculitos en sus zapatos mensajes secretos para los elementos de la Quinta Columna.

La Baronesa van Hemstra había enviado a su hija a las clases de baile en 1940. Había descubierto en Audrey una decidida vocación y relevantes cualidades para el ballet, y no reparó en sacrificios

para que la niña recibiera una buena preparación. También esto le sirvió a Audrey para ayudar a los bravos de la Quinta Columna. Celebrábanse en algunas casas particulares unas audiciones benéficas destinadas a recaudar fondos para la Quinta Columna, y la pequeña Audrey se ofreció voluntariamente a actuar en ellas. Su madre le preparaba sus vestidos para la representación valiéndose de algunos viejos cortinajes y las escasas ropas y adornos con que contaban, y con ello, y su encantadora personalidad, lograba la niña arrancar entusiásticos aplausos al auditorio. No obstante, esas «Audiciones Negras», como las llamaban, eran un constante peligro para cuantos actuaban o asistían a ellas, ya que les amenazaba la posibilidad de un registro de la policía secreta.

Cualquier delación o sospecha hubiera puesto sobre su pista a la policía. No obstante, Audrey, ajenita al peligro y gran artista innata, presentaba sus versiones personales del ballet clásico cruzando el improvisado escenario como un silfo alado. Si alguna vez erguía su cabecita creyendo oír un aldonazo en la calle o el paso de una patrulla de motoristas, nadie del público se daba cuenta de ello, y la pequeña artista seguía impertérrita sus evoluciones.

Audrey llegó al final de la guerra llevando siempre impreso en su rostro y en su alma el espectro de los pasados horrores. Fue enviada a Inglaterra, donde se la sometió a un severo régimen de recuperación. Los médicos que la visitaron dudaban de que aquella muchacha extenuada, al límite de su resistencia física tras largos años de escasez, pudiera salvarse.

Pero Audrey no sólo se salvó, sino que pronto pudo reanudar sus actividades artísticas. En 1948 logró entrar en la Compañía del Rameart Ballet.

Un año más tarde, en 1949, logra un empleo en el Teatro Cambridge de Londres. La baronesa no estaba demasiado de acuerdo en aceptar el nuevo empleo, pero Edda logró convencerla con sus lógicos razonamientos.

—Ya sé que es un empleo oscuro y poco retribuido el de bailarina de conjunto... pero ya ves que nuestra situación es difícil y es preciso asegurarnos algún ingreso.

—Quizá tengas razón, hija mía... Pero piensa que eres muy joven y...

—No temas, mamá... Recordaré siempre tus consejos...

Verdaderamente era un empleo oscuro y poco retribuido, pero Audrey y su madre se hallaban en situación difícil. Simultáneamente, pudo actuar para la televisión, en pequeños personajes secundarios, cosa que les ayudó algo más a soportar la escasez de aquellos días.

La actuación de Audrey en el Teatro Cambridge no pasó inadvertida a pesar de que sus números no consistían en otra cosa que baile de conjunto en compañía de otras varias docenas de muchachas. Poniése en escena una revista titulada «Sauce Picante», la cual fiaba parte de su éxito en la belleza de sus vedettes. Del anonimato de las últimas filas de bailarinas de conjunto, lograba resaltar la joven Audrey por su elegancia, su encantadora per-

sonalidad y la gracia de su actuación. No tardó en figurar su nombre en los programas, en letra muy pequeña y en último término, pero ello era ya un paso hacia su futuro, hacia su meteórica carrera artística y su fama internacional. Después del éxito de «Sauce Piquante», el Teatro Cambridge puso en escena «Salsa Tártara», en la que también trabajó Audrey.

Más la inquieta futura estrella ansiaba más ancho campo a sus actividades.

—Mamá —le dijo cierto día—. Yo creo que mi futuro está en el cine. Verás como en él consigo ser una gran estrella...

—No te ilusiones demasiado hija...

Alta, excesivamente delgada, flexible, de una educación refinada y una elegancia natural, la joven Audrey pudo muy pronto abrirse paso en el cine. Sus relevantes condiciones físicas y artísticas le permitieron intervenir, con papeles de escasa importancia, en las películas «Risa en el Paraíso», «Lavender Hill» y «La leyenda de las Jóvenes Esposas». En una de ellas rodaba una escena de amor humorística con el famoso actor inglés Nigel Patrick. Cuando en los estudios A. B. C. de Elstree, o mejor dicho, en su sala de proyecciones privadas, se proyectó por primera vez la película, Audrey no pudo ocultar su decepción. Su corta intervención con Nigel Patrick no era para animar a una joven aspirante, con más ambición que conocimiento técnico del oficio. Era aquélla la primera vez que se veía en la pantalla y su impresión no pudo ser más decepcionante.

—¡Si por lo menos me permitieran repetir la escena! —murmuraba la joven—. Creo que esta vez

lo haría mejor. Lo he hecho tan mal, tan mal... — repetía, con su vocecita temblorosa y lágrimas en los ojos—. No creo que sirva nunca para actriz.

La película se titulaba «Risa en el Paraíso» y su intervención apenas mereció comentarios.

* * *

Un año más tarde, el director del personal de los Estudios A. B. C. de Elstree, telefoneaba a la oficina de publicidad de la misma productora diciendo.

—Les envío una muchacha llamada Audrey Hepburn. Su única actuación ha sido en «Risa en el Paraíso»... Si... es la florista del cabaret... Creo en sus posibilidades, tengo fe en ella, puede hacer algo bueno. En resumen, la he contratado. Hablen ustedes con ella, obsérvenla y diganme su opinión.

Aquel mismo día por la tarde entraba Audrey en la oficina de publicidad. Lo que opinó el personal allí congregado, que había de decidir sobre su futuro, merece reproducirse a continuación, porque demuestra una vez más que la belleza sola, sin otras cualidades, no es hoy día una seguridad de éxito, y que, por el contrario, una serie de cualidades relevantes y una personalidad acusada, pueden sustituir con ventaja a la belleza misma.

Cuando la gentilísima Audrey penetró en la sala, la primera impresión del personal fue la de una muchacha excesivamente alta y delgada, de boca demasiado grande, piernas como palos, pecho delgado, nariz larga y dientes defectuosos.

Uno de los presentes recordó haberla visto ba-

lando entre las chicas «del montón» en la revista musical «Sauce Piquante», y sin gran convencimiento posó sus ojos friamente analíticos sobre la joven. No olvidaba, el aludido, que para evaluar las posibilidades de una futura estrella debe medírsela según la cantidad de «sex appeal» y atractivos físicos antes de estudiar su valor artístico. No obstante, hubo de rendirse a la evidencia de que una concienzuda preparación artística, y sobre todo su aprendizaje en el ballet, la habían dotado de una evidente elegancia, de una gracia insuperable al andar, moverse, accionar.

Su voz, cuando habló, era de una riqueza de matices sorprendente.

Después de las presentaciones, la muchacha se sentó, consciente del examen de que era objeto. No poseía, desde luego, la atracción meramente física que requiere una estrella de primera magnitud para triunfar en la pantalla, pero poseía algo más sutil, más atractivo y encantador. Su porte correcto, su naturalidad y simpatía y su innata elegancia se imponían de tal modo, que uno apenas echaba de menos la falta de otros encantos. Poseía una enorme vivacidad, una mirada ingenua y un sello personal hasta entonces desconocido entre las estrellas de la pantalla inglesa. Además, sabía poner de manifiesto y realzar sus posibilidades. Sus bellos ojos almendrados estaban sabiamente maquillados, y su corte de pelo, que ahora se ha impuesto y ha creado el tipo de mujer 1955, la hacían ya entonces singularmente atractiva y original.

Los agentes publicitarios de A B C admitieron que la gentilísima «starlet» poseía raras cualidades

y madera de actriz y que sus ligeras imperfecciones, lejos de restarle encanto, contribuían a resaltar su original personalidad. Fasaron, pues, a estudiar los términos en que estaba redactado el contrato ya firmado en las oficinas de Londres, y de nuevo se quedaron desorientados. Las cláusulas del mismo no tenían precedentes. Según ellas, se comprometía Audrey a filmar el mínimo de una película por año, con el privilegio de aprobar o rechazar el guión según su criterio. Nunca se habían concedido a una oscura principiante tales prerrogativas, y ello ponía de manifiesto la seguridad que tenía Audrey en su propio valer, su sagacidad en los negocios y su visión de un próximo futuro.

—Es realmente asombroso que una actriz tan joven haya logrado un contrato semejante, señorita.

—Tengo fe en mí misma, en mis posibilidades...

—Pero es preciso estar técnicamente muy informado y... preparado para comprender las posibilidades de un guión y juzgar de antemano si se adaptará a su temperamento...

—¿Quién mejor que yo misma puede conocer el alcance de mis posibilidades?

Sí. Audrey era ambiciosa. Lo fue desde el primer día en que comenzó su dura lucha para abrirse paso en el cine, y lo es todavía hoy. Es de las artistas que vive y siente su arte y cuyo afán de superación se manifiesta en todas sus actuaciones.

Sus palabras firmes, meditadas sin sombra de altanería, produjeron excelente impresión entre sus futuros compañeros de estudio. Una sola entrevista le bastó para conquistar sus voluntades y

ganarse su amistad y apoyo. Todos convinieron en que era preciso ayudarla en su empeño.

Uno de ellos, Roger Railton, que desde entonces ha continuado siendo uno de sus más sinceros y apreciados amigos, necesitaba del concurso de una de las estrellitas de A B C para honrar con su presencia el baile anual de la policía londinense.

Roger la llamó, le habló de dicho baile y finalmente le dijo:

—Audrey: Es una costumbre tradicional en los Estudios que cedan alguna de sus estrellas para hacer acto de presencia en esa clase de fiestas; pero generalmente se envían estrellas jóvenes, pues una actriz de primera magnitud no acostumbra a aceptar tales invitaciones. Eso se queda para las «startlets» de la última promoción, que ansian publicidad y necesitan darse o conocer entre el público. He propuesto a mis compañeros del departamento de publicidad que tú seas elegida para asistir al baile de la policía.

Mas, contra lo que esperaban sus amigos, su primera reacción fue de sobresalto y temor.

—¿Creen ustedes realmente que soy yo la más indicada? —decía inquieta—. ¿Podré salir airosa del empeño?

—Naturalmente, Audrey. Sólo tiene usted que hacer acto de presencia y dejarse admirar.

—Pero es que nunca he asistido como única invitada de honor a una fiesta de sociedad.

—Es cosa corriente; no se preocupe.

—¿Cómo debo comportarme...? ¿Qué debo hacer...? ¿Es obligatorio hablar en público? ¿Qué traje es el más indicado?

Sus amigos le explicaron pacientemente que tal invitación no ofrecía dificultades. Era una de tantas apariciones en público, casi rutinarias, que se ven obligadas a aceptar, por orden de sus Estudios, las jóvenes artistas de la pantalla, para dar realce a una fiesta. Debería pronunciar un corto discurso, ante el «micro», que le sería entregado en los estudios. Sólo debería leerlo, dejarse fotografiar cuantas veces se lo pidieran, alternar con todos con gracia y simpatía y bailar con aquellos que la invitaran a hacerlo.

A pesar de tales seguridades, el nerviosismo de Audrey no se calmaba. Poco antes del baile telefoneó todavía a los Estudios pidiendo informaciones y consejos. Al serle entregado el discurso que debía pronunciar, lo ensayó repetidas veces, introdujo en él algunos cambios, telefoneó de nuevo a la oficina de publicidad...

—¿Es Mr. Jones?... Sí, soy Audrey... ¿De veras cree usted que no necesito comprarme un traje nuevo para el baile? ¿Qué me aconseja?

—Querida señorita Hepburn. Va usted a asistir a un baile de la policía motorizada del grupo de Hendon. Le juro por mi honor que no se trata de una presentación en el Palacio de San Jaime. Esté preparada para dentro de un par de horas. Voy a ir a buscarla para acompañarla al baile.

Audrey se portó admirablemente durante la fiesta y consiguió un éxito apoteósico. Se ganó instantáneamente la simpatía y la admiración de todos los asistentes y, lo que es más importante, los estudios A.B.C. se dieron cuenta de su valía.

Superado su temor de ser el centro de atención donde cientos de personas tenían la mirada

puesta en ella, se desenvolvió con encantadora naturalidad y con esa gracia de la seducción que es uno de sus rasgos más predominantes.

Audrey salió del baile admirada por todos y con una popularidad con la que no contaba unas horas antes. Desde aquel día, Audrey Hepburn es la «mascota» del grupo de policía motorizada de Hendon.

* * *

A partir de entonces, siempre que sus Estudios necesitaban una «starlet» para motivos publicitarios, apariciones en público o invitaciones, elegían a la simpática estrella.

Corría el año 1951 y se filmaba en los Estudios «La Leyenda de las Jóvenes Esposas». Audrey tomó en ella una mínima parte, un papel sin importancia que quedaba oscurecido por la relevante actuación de dos primeras figuras de la pantalla inglesa: Joan Greenwood y Nigel Patrick. Así y todo, logró la joven una halagüeña crítica. Durante la filmación de la película, los habituales cronistas y reporteros que frecuentan los Estudios cinematográficos en busca de caras nuevas y a la caza de noticias, anécdotas y fotografías sensacionales, no dejaron de reparar en Audrey, la joven actriz cuyo nombre apenas conocido representaba, sin embargo, una brillante personalidad que no esperaba más que una oportunidad para triunfar.

—Esa muchacha —dijo uno de ellos— ha nacido para estrella; para estrella de primera magnitud. Es una profecía que pronto veréis confirmada.

Lejos de mostrarse optimista, la joven no dejaba de lamentarse de su aspecto. De su talla excepcionalmente alta y delgada, y de su voz...

—Uno de tus encantos estriban en tu voz —le aseguraba un amigo—. No intentes cambiarla. Ese tono bajo, rico en matices, se adapta maravillosamente a tu tipo de belleza exótica. En cuanto a las imperfecciones de que te lamentas, piensa que es precisamente lo que te distingue de las demás. Siendo distinta, siendo tal como eres, es como alcanzarás el estrellato.

* * *

Pero Audrey no se sentía satisfecha de sí misma. Necesitaba perfeccionarse constantemente. No perdía ocasión para mejorar su estilo, su actuación, su acento...

Mientras otras jóvenes actrices frecuentaban la sociedad y alternaban alegremente entre su trabajo en los Estudios y las diversiones propias de su profesión, y concurrían a los espectáculos de la brillante vida nocturna londinense, al objeto de hacerse admirar y adquirir popularidad a todo trance, la estudiosa Audrey empleaba todas sus horas libres asistiendo a clases de canto y baile, y perfeccionándose sobre todo en el ballet, por el que sentía una predilección especial.

Audrey asistía algunas tardes a las sesiones de cine, donde estudiaba atentamente las múltiples facetas del arte extranjero. Cuando alguna de esas películas de importación atraía su atención, no le importaba verla dos o tres veces, para enriquecer así sus conocimientos técnicos.

Su salario era, en aquellos tiempos, bastante exiguo. Dirigiase todas las mañanas a los Estudios en autobús, pues estaban radicados fuera de la capital. Generalmente llevábase consigo la comida, unos ligeros bocadillos, para evitarse el viaje del mediodía. No obstante, en lo que no ahorraban ella y su madre era en el pisito que ocupaban. Aunque pequeño, habíanlo buscado en uno de los barrios más elegantes de Londres, y ello suponía una parte considerable de sus ingresos gastados en alquiler. El escaso remanente no les permitía gastar mucho dinero en ropas, de modo que Audrey calculaba y medía mucho sus decisiones antes de adquirir un traje nuevo. Su indumentaria favorita era, por aquel entonces, unos pantalones negros ajustados, sueters de cuello alto para ocultar su huesudo escote, y zapatos sin tacón para acortar su talla excesiva.

Los «cameramens» de los Estudios de Elstree confesaban que Audrey era la más fotogénica de las jóvenes estrellas.

—Esa chica es un caso. Un verdadero caso —deltan entre ellos—. No hay manera de sacarle una foto mala. Ni aun proponiéndoselo uno. Siempre da unas fotografías magníficas.

Su riqueza de expresión, sus reacciones ante la cámara, la movilidad de su rostro, entusiasmaban a su director, Henry Cass.

—Audrey puede expresarlo todo con el rostro —solía decir—. Es maravillosa.

Su capacidad de trabajo, su denodado empeño en perfeccionarse, pese a su frágil apariencia y a su salud, no del todo restablecida, despertó en seguida la admiración y el afecto de sus compañeros

amigos. Como es natural, ese afecto, esa devota admiración que le dispensaban los hombres incondicionalmente, no era compartida por las mujeres. Las jóvenes estrellas de Elstree, y aun las actrices ya establecidas y afamadas, veían con alarma y disgusto cómo crecía la rosa a sus pies, y calificaban de exagerada la publicidad creada en torno suyo.

En cierta ocasión, en los Estudios ofrecieron una fiesta al personal, a la que asistió Audrey, rodeada, como de costumbre, por un buen contingente de elemento masculino. Una de las famosas estrellas del Estudio se permitió censurarla con acritud.

—No puedo comprender qué es lo que ve la gente en esa chica —dijo despectivamente—. Está delgada y lisa como una tabla y carece en absoluto de «sex-appeal».

Al poco roto, el caballero a quien se le habían hecho estos comentarios se ingenió de modo que coincidieran ambas actrices y las presentó.

Audrey, aun consciente de los celos que su popularidad originaba, procedía de un mundo refinado y no dejó traslucir su disgusto. Con su gracia y amabilidad peculiares supo conducir la conversación con tan encantadora espontaneidad que la amargada estrella hubo de declararse vencida. Audrey se mostró halagada de haberla conocido, le habló de sus éxitos en la pantalla, de la película que estaba protagonizando actualmente y se abstuvo de hablarle ni una palabra de sus propias actividades de incipiente actriz.

—¡Es realmente deliciosa! —fue el comentario de la estrella al separarse de Audrey.

Sucedianse, entretanto, las cortas intervenciones de la joven en las películas de la A.B.C., que poca gloria podían proporcionarle debido a lo cortas e intrascendentes que eran sus actuaciones. Después de las tres películas citadas filmó «El secreto del pueblo», donde actuaba de estrella Valentine Cortese.

En el año 1952, Ray Ventura la contrató para filmar «Montecarlo Baby», en la Costa Azul francesa, precisamente en Montecarlo. Esa oferta vino a colmar uno de sus anhelos, ya que siempre había deseado trabajar fuera de Inglaterra a fin de extender su campo de acción y demostrar sus posibilidades en otros idiomas, ya que hablaba a la perfección el holandés, el francés y el inglés.

—Me siento capacitada —decía— para trabajar fuera de Londres. Mi educación ha sido internacional y sabría interpretar a la perfección obras de otros autores y trabajar a las órdenes de otros directores.

Cabe suponer, pues, la alegría que le produjo ese contrato en el continente. Era una oportunidad que podía suponer un gran paso en su carrera artística. Consideraba también con ilusión lo mucho que podría gozar del clima de la Riviera durante el rodaje y los descansos, y lo beneficioso que le sería solearse junto al incomparable mar latino.

La película «Montecarlo Baby» resultó ser uno de tantos films que pasan a mejor vida sin pena ni gloria, pero para Audrey tuvo una importancia tan significativa que puede decirse que de aquella época arranca su fama internacional.

* * *

Es un hecho de todos conocido que durante la filmación de la película se encontraba en Montecarlo la gran novelista francesa «Colette», recién desaparecida. Cierta día se rodaba una escena en la escalinata del Hotel de París y «Colette» apareció en lo alto de la terraza, donde se detuvo a contemplar la actividad de «cameramen» y artistas. Su aguda percepción la hizo fijarse en Audrey, y cuando las escenas terminaron, «Colette» hizo conducirse hacia la joven en su sillón de ruedas.

Audrey ignoraba que fuese la mundialmente famosa «Colette» la anciana que se dirigía a su encuentro. La propia escritora salvó la situación, presentándose ella misma con sencilla naturalidad y preguntando a continuación:

—¿Le gustaría a usted representar «Gigi», en Nueva York?

Ante la asombrosa proposición, Audrey, «el pítito feo» apenas salido del cascarón, casi no daba crédito a sus oídos. ¡Ella en «Gigi»!... ¡Y en Nueva York! Ella elegida entre mil por la propia «Colette»... ¡Llegaría al fin a ver crecidas sus blancas plumas de cisne?

—¡Oh, sí! —contestó Audrey.

Su suerte estaba echada. Terminado el rodaje de esa película francesa, llevaría a los escenarios de Broadway la famosa «Gigi» de «Colette».

Durante su estancia en Montecarlo le ocurrió a Audrey otro de esos golpes afortunados del destino que han motivado su fabulosa carrera.

El conocido fotógrafo irlandés Edward Quinn se hallaba en aquella parte de la Riviera tomando fotografías de actualidad para la Prensa. Nunca

había oido hablar Quinn de la joven actriz, pero cierta tarde hallábase el personal técnico y artístico de «Montecarlo Baby» ensayando unas escenas de baile en el Sporting Club del Casino, y entre ellos Quinn, que se entretenía fotografiando a diestro y siniestro. De pronto le atrajo la atención Audrey Hepburn, que discurría un paso de baile con otras compañeras en un rincón de la sala. Su aspecto despertó instantáneamente el interés del conocido fotógrafo.

—Parecía —dijo a un amigo— una orquídea entre abrojos. Me pareció maravillosa.

Indagó al momento quién era la joven e insistió en serie presentado. Grande fue su sorpresa al enterarse de que Audrey, lejos de ser la figura central de la película, interpretaba únicamente un pequeño rol sin importancia. Sea como fuere, no por ello desistió de rogarle a Audrey:

—¿Tendría usted inconveniente en posar para algunas fotografías artísticas? Creo que ha de resultar espléndidamente fotogénica.

—Posaré encantada.

—La prevengo que mi coche es un armatoste antídiluviano, bastante incómodo...

—No se excuse, por favor.

Quinn pasó a buscar a la deliciosa Audrey en su anticuado «Renault» de antes de la guerra. A mitad del camino de una pintoresca aldea costera, el rancio armatoste se paró en seco.

El desolado Quinn ofreció toda clase de excusas, pero Audrey no quiso escucharle, antes bien se ofreció a ayudarle.

—¿Puedo ayudarle? Siento este contratiempo de veras.

—Sí, puede ayudarme, sentándose ahí al borde del camino y cantando algo divertido. Creo que podré arreglar eso pronto.

Audrey se ganaba las voluntades con su simpatía y comprensión. Mostróse alegre y animada hasta que la pequeña avería quedó arreglada.

Hicieron repetidas excursiones los dos por los alrededores de Montecarlo, sin otro objeto que el profesional por ambas parte, pero el éxito coronó el trabajo de Quinn. Obtuvo de Audrey una colección de fotos que aún hoy día se consideran de las más afortunadas con que cuenta la famosa actriz, por la ingenuidad y la gracia que respiran. El fotógrafo había encontrado al fin una modelo que respondía a todas sus ambiciones artísticas; a una belleza exótica unía la elegancia, la gracia y la inteligencia de adaptación perfectas, así como una expresión inigualable en su rostro móvil. Audrey, por su parte, estaba interesada en poseer una buena colección de fotos propagandísticas para poder enviar a las agencias que se las solicitaran.

Posó en traje de baño, con una graciosa pamela italiana, en deliciosos modelitos playeros, en actitudes de danza clásica...

Posiblemente de aquella época data el amor de Audrey por el danzarin francés Marcel Leben.

Se encuentran en una fiesta y Marcel la invitó a bailar...

—¿No se da usted de menos de bailar conmigo, Marcel?

—¡Pero, criatura de Dios! Si baila como una gran bailarina.

—¡Adulador!

—Se lo juro Audrey... No quisiera otra pareja para toda mi vida... Si es una pluma.

—Bailo como tantas otras.

—Oiga, Audrey —le dijo Marcel, algo emocionado—. Usted hace más que bailar... Usted vuela como los ángeles.

—¡Marcel! Si sigue con sus adulaciones tendré que regresar a mi mesa. La verdad, no me gusta que me hablen así.

—¡Oiga, Audrey! Le juro que no acostumbro a expresarme así...

—Pues no lo parece.

—Yo creo que en realidad le expreso con estas palabras la admiración que siento por su personalidad... Se lo juro, Audrey... Está usted más que encantadora... Y creo que me estoy enamorando de usted a toda marcha...

—Pues frené, Marcel, frené antes no se estrella...

—Será difícil Audrey... Es usted demasiado hermosa para olvidarla... Oyeme, Audrey... ¿Te gustaría pasear un rato junto al mar...? Aquí el ambiente resulta un poco sofocante. ¿No crees?

Dejaron de bailar y Marcel cogió del brazo a Audrey... Aquella noche dio comienzo un romance de amor... Romance que no tuvo trascendencia y se vio interrumpido por un inesperado cambio de fortuna para Audrey. La reclamaban allende el Atlántico.

—Quinn —llamó un día por teléfono la excita-
da vocecita de Audrey—. Me escribí de las ofi-
cinas de la Paramount en Nueva York pidiéndome
fotos mías. ¿Tiene usted inconveniente en que les
envíe las que me ha sacado estos días?

Quinn aceptó encantado, y la hermosa colección de fotos partió camino de Nueva York. A los pocos días recibía Audrey un contrato firmado de la Paramount.

* * *

Terminado el rodaje de «Montecarlo Baby», regresó Audrey a Londres con el tiempo justo para disponer su equipaje y partir de nuevo, esta vez en busca de la fama y la fortuna. No era ya la insignificante «starlet» cuyo nombre hacíanse repetir dos o tres veces las actrices veteranas, y que aceptaba cualquier papel que se le ofreciera con tal de probar una y otra vez sus posibilidades. Llevaba en su bolsillo el contrato firmado de la Paramount y el de Colette. Ahora se extendía ante ella el camino de la fama.

El estreno de «Gigi» en Broadway, en 1953, obtuvo un triunfo clamoroso. Su actuación fue comentada unánimemente por la Prensa con frases que prometían un gran porvenir a la joven actriz.

Acabadas las representaciones de «Gigi» pasó Audrey a Hollywood, y en virtud de su contrato con la Paramount filmó «Vacaciones en Roma», con Gregory Peck como oponente masculino. El clamoroso éxito alcanzado por esta película la colocó en la cima de la fama. Le fue concedido el famoso Oscar de la Academia de Ciencias y Arte Dramático para la mejor actriz del año.

Pocas actrices han alcanzado tal celebridad en una sola película, pero Audrey es de la madera de que se hacen las artistas excepcionales.

Después de «Vacaciones en Roma», la actriz re-

gresó a Londres para descansar una breve temporada al lado de su madre. Su mismo éxito había sido tan sorprendente, tan rápido e imprevisto, que ella misma no se daba cuenta todavía de todo su alcance.

Allí conoció al joven multimillonario inglés Jimmy Hanson.

Hanson creyó que había encontrado al ideal de mujer que todo hombre busca en la vida... También a Audrey el «flirt» le resultó de ensueño. Pero la realidad se impuso y los despertó a los dos... Su madre le presentó crudamente el problema ante el que se encontraba:

—Has de elegir entre tu carrera o Hanson, hija mía...

—¿Cómo?

—Si... hija mía. ¿Crees que si tu «flirt» llega a convertirse en un gran amor te será posible coordinar el arte y tu vida hogareña? Ni Jimmy ni su familia permitirán que viváis separados la mayor parte de tiempo... No, hija mía... Piensa que tienes un contrato que deberás cumplir...

—Lo cumpliré y me casaré con Jimmy, si llego a quererle como posiblemente le querré.

—Piénsalo... Consultalo con la almohada y decide... O él o tu carrera...

Y una vez hubo consultado con la almohada, Audrey eligió el camino de Hollywood.

En 1954, interpreta la película «Sabrina», con William Holden; terminada «Sabrina», comenzaron para ella los ensayos de «Ondina», cuya obra había de ponerse en escena, en Broadway, antes de su filmación.

Durante los ensayos de la obra teatral «Ondina»

comenzaron a circular en Hollywood rumores nada halagadores para Audrey.

Fue su agente de Hollywood quien le advirtió de lo que sucedía...

—«Apreciada Audrey: los cronistas y reporteros se lamentan de que aunque bella actriz, eres inaccesible, de que no concedes audiencias ni entrevistas a los periodistas y obstaculizas su labor informativa. Te acusan de haberte ensoberbecido con tu éxito tan fácilmente logrado.»

Pero una y otra vez siguieron apareciendo en la prensa las mismas fotos de Audrey con sus ya famosos pantalones negros, su típico jersey de cuello alto y sus zapatos sin tacón. ¿Por qué? Sencillamente porque la prensa no tenía otras que publicar, a despecho de su interés en fotografiar a la estrella y las apremiantes demandas de los directores de periódicos, que pedían fotos de la Hepburn a cualquier precio.

El estreno de «Ondina» en Broadway fue otro éxito. Actuaba a su lado Mel Ferrer y las representaciones en el teatro de la calle 46 veíanse siempre a teatro lleno. Pero la verdad era que la salud de Audrey se resentía de esa larga temporada de duro trabajo, de intenso nerviosismo y responsabilidad. Su cara demacrada acusaba un extremo agotamiento físico. Un amigo londinense que pudo verla actuar y fue recibido luego en su camerino le preguntó:

—Audrey, ¿qué hay de esta campaña periodística que te supone orgullosa y engrizada hasta el extremo de negarte a recibir a la prensa?

Audrey se había quitado el maquillaje y mostró a su amigo una cara demacrada, un rostro en

el que se veían huellas de un cansancio extremo.

—Estoy tan agotada —murmuró sencillamente—, trabajo intensamente, más de lo que puedo, mucho más de lo que mi resistencia me permite. Mi doctor me ha dicho muy seriamente que a menos de evitar en el futuro todo contacto con el público, fotos de propaganda, interviú, vida social y las invitaciones y apariciones en público, me veré obligada a ingresar en un sanatorio. Estoy rendida de cansancio, completamente agotada. ¡Qué más quisiera yo que complacer a todos y mostrarme amable a los muchachos de la prensa! Pero me es imposible, completamente imposible.

Su salud llegó a inspirar serios cuidados a sus amigos y a su médico. Y también a Mel Ferrer, que empezaba a mirar a Audrey con otros ojos, que no eran precisamente los de un *partenaire*.

—Audrey —le dijo, después de las representaciones—. ¡Eso no puede seguir así!

—Pero ¿es que estás descontento de mi actuación? —le preguntó asombrada Audrey.

—No... Al contrario... Creo que haces demasiado... Estás sacrificando tu salud para no rescindir el contrato... ¿Por qué no lo abandonas?

—¿Me hablas en serio?

—Sí... en serio.

—Y otra actriz vendría a sustituirme... No... Mel... Seguiré actuando. Creo que podré resistir hasta el final del contrato...

—No creas que te lo he dicho porque deseo otra compañera, sino al contrario... Creo que ya no podré trabajar con otra mujer. Oyeme, Audrey... También creo otra cosa. Estoy seguro de ello...

—¿Qué es, Mel?

—Que ya no podré vivir sin ti. He aprendido a quererte como lo que más pudiera querer en el mundo, Audrey... Dime, ¿querrás ser mi esposa?

—Mel... abrázame... Y permíteme que lllore... ¡Te quiero tanto!

* * *

Por aquellos días empezaron a correr rumores de que Mel estaba enamorado de la gentilísima estrella. Empezaron a extenderse tales rumores sobre ese posible noviazgo cuando Audrey hubo de dirigirse a Hollywood para filmar la película *«Ondina»*, de Girandoux.

De sus amores con el conocido bailarín francés Marcel Lebon y de su otro romance con un acaudalado joven inglés, Jimmy Hanson, ya no se ocupaba la prensa. Las primeras planas las llenaban ahora Audrey y Mel. No obstante, la estrella partió sola para Europa después de filmar *«Ondina»*. Su médico le había recetado un largo descanso en Suiza, y alquiló allí un chalet aislado y tranquilo donde nadie pudiera localizarla.

Al montar en el coche que debía conducirla al aeropuerto de Idlewild, confesó Audrey a un amigo:

—Pienso dormir horas y horas y horas... y no pensar en nada. Gracias a Dios he podido cumplir mi contrato. No creo que hubiese podido seguir trabajando mucho tiempo más. Apenas me quedan fuerzas.

Cuando su avión llegó a Suiza la esperaba allí Mel Ferrer. La noticia de su boda fue reseñada por la prensa del mundo entero, así como las circunstancias que la rodearon.

En primer lugar se dejaba adivinar que la madre de Audrey, la baronesa Van Henstra, no la aprobaba en absoluto, y se había opuesto a ella con todos los argumentos a su alcance. Se habló incluso de una posible ruptura de relaciones entre madre e hija a causa de ello, ya que ambas poseen carácter y tenacidad en no escasa medida.

Madre e hija discutieron largamente... La baronesa argumentaba así su tenaz oposición:

—Pero, hija mía... Piensa que Mel ha estado casado con anterioridad tres veces y tiene hijos de sus anteriores matrimonios.

—Lo sé, mamá... Pero también sé que me quiere...

—Audrey... Olvidas que he vivido, hemos vivido, porque tu has de acordarte... la triste experiencia de un matrimonio desavenido. No quisiera que mi hija experimentara mi mismo calvario...

—No temas, mamá... Sé lo que me conviene... Ahora defenderé mi felicidad a toda costa y seguiré los dictados de mi corazón.

Cuando ya celebrada la boda de Audrey con Mel se espació la noticia por doquier, no tardaron en preguntarse los reporteros si esta boda haría todavía más inaccesible a Audrey. Mel Ferrer, actor, escritor, director y hábil diplomático, era una valiosa ayuda y eficaz apoyo para la joven actriz, que no tardó en separarse de su agente de negocios y poner en manos de su marido todos sus asuntos.

* * *

La llegada del joven matrimonio a Londres fue un acontecimiento. Para facilitar a los periodistas

su misión, la casa Paramount organizó una conferencia de prensa en el Hotel Dorchester. Allí se desquitaron a satisfacción los periodistas del largo silencio a que les condenara Audrey, y la joven actriz hubo de someterse a toda clase de preguntas.

—¿Feliz en su matrimonio?

—Muy feliz.

—¿Piensan ustedes trabajar juntos? Se habla de que piensan formar compañía teatral, como la de Laurence Olivier y Vivian Leigh.

—Hemos trabajado juntos en «Ondina» y nos agradaría realizar juntos la versión en la pantalla, que proyectamos filmar en Londres. Después veremos...

—¿Renunciaría usted a su carrera para dedicarse exclusivamente a su esposo, hogar e hijos?

—Es difícil prever esto, pero dudo que me vea precisada a abandonar mi carrera.

En efecto, el matrimonio de Audrey y Mel es un éxito. Nadie duda de su felicidad, de su perfecta compenetración.

—¿Qué sensación le produce ser estrella famosa? —preguntó un repórter.

—Como la «Cenicienta» —contestó Audrey sonriendo.

Una «Cenicienta» que llevaba a su lado un apuesto «Príncipe Azul» y a la que sus millones de admiradores pronostican un final feliz, como en los cuentos de hadas: «Y vivieron felices el resto de su vida...».

Así es

AUDREY HEPBURN

La encantadora Audrey se encontró con una amiga a la que dijo:

—Ayer estuve con Betty. Me dijo que tú le dijiste el secreto que yo te dije que no le dijeras a ella.

—¡Qué entrometida! —exclamó la otra—. Precisamente le dije que no te dijera que se lo había dicho.

—Bueno... ¡Pero ahora no le digas que yo te he dicho que ella me lo dijo!

La protagonista de «Vacaciones en Roma» es una mujer práctica. Cuando entra en un restaurante siempre le dice el «maitre»:

—Una mesa cerca del camarero, por favor.

Otra prueba de lo que acabamos de decir. Un día, al regresar Mel a su casa, ella le dijo:

—Debemos abrir otra



cuenta corriente en el Banco.

—¿Por qué?

—Porque en la que tenemos ya no queda nada.



JUDY GARLAND.— La historia de una gran actriz que estuvo a punto de destrozar su carrera al no saber dominar el nerviosismo ni controlar la excitación producida por unos comienzos demasiado rápidos. Un agente de publicidad se enamoró de ella cuando ya se la consideraba una estrella perdida, consiguiendo colocarla de nuevo en el puesto que ocupó en los Estudios.



án a la venta!

TYRONE POWER.—A pesar de haber sido educado en un buen colegio, la vida le fue tan adversa que tuvo que emplearse en un teatro como acomodador. Más tarde, ya convertido en gran actor, tuvo un idilio con Sonia Heine, que no terminó en boda porque Tyrone se sintió de pronto atraído por Anabella. Años después, entró Linda Christian en su vida. Hoy, no tiene a su lado una mujer que le comprenda.



ROBERT TAYLOR.—Comenzó a ganarse la vida como componente de un trío musical, pero el destino decidió ser benévolos con él. Su carrera cinematográfica ha sido fácil y rápida. Durante once años fue feliz al lado de Bárbara Stanwyck. No obstante, el matrimonio se deshizo inesperadamente. Ursula Thiess, una actriz alemana poco conocida, es su segunda esposa.

TITULOS EN PRENSA



RAF VALLONE

Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista, crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo; en la actualidad, puede considerársele como uno de los actores más cultos y completos.

INGRID BERGMAN

La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».



JAMES STEWART

Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idilios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.

BETTY HUTTON

Dinámica, emprendedora, con una desbordante vitalidad. La estrella de los innumerables idilios desconcierta a la prensa con sus inesperados anuncios de noviazgo, que luego se rompen con la misma rapidez sin que nadie pueda explicarse la causa. Su fracaso en la televisión estuvo a punto de hacerle abandonar su carrera artística.

